

BULLYING, casi acaba conmigo

Una historia real. No hace mucho. No muy lejos.



NAZIRA TAWFIK



LUIS LOBO

Gracias a mi pasado, por
habérmelo puesto tan difícil y
a mi presente por seguir
recordándomelo.
Jamás dejaré que mis miedos me
hagan perder la batalla
contra mi demonio.

Luis Lobo

Tengo una historia que contarte; una historia tan asombrosa e increíble que, aunque para muchos suene a cuento y fantasía, te prometo que es más común de lo que te puedes llegar a imaginar. Por ello, después de leerla me gustaría que la recordaras en todo los malos momentos que te puedan venir, porque te aseguro que saldrás de todos ellos victorioso y mucho más seguro de ti mismo.

Mi nombre es David y tengo 35 años, pero podría llamarme Luis, Manuel, María, Sara, Lucía, Ramón, Mario, Rebeca, Carlos, Esther, Álvaro, Antonio, Belén, África, Fernando o tantos nombres que decir y los que aún no se saben que han vivido esta historia o las van a vivir por la lacra del VIRUS BULLYING.

No seas testigo, no seas actor, se defensor, se otro súper héroe sin miedo a nadie que salva una vida anónima sin esperar nada a cambio.

Sinceramente no sé cómo empezar a describir mi historia ni por dónde comenzar temporalmente mi vida. Más bien mi maldita vida.

Capítulo 0

Y entonces la vi.

Era la persona más bonita que había visto en mi vida.

Estaba sucia y morada, pero no me importó. Vi sus ojos grises y su nariz achatada.

No me atrevía a tocarla, me daba un miedo extraño.

Sinceramente nunca había tenido el valor de tocar algo tan frágil, tan inocente, tan puramente humano...

Sin embargo algo en mi interior se removió de tal manera que hizo que mis piernas primero y mis brazos después se movieran del sitio en el que me había quedado petrificado.

Con todo el valor que pude recoger conseguí suspenderla en el aire. La acerqué a mi pecho y noté lágrimas correr por mis mejillas. Aquello fue la descripción exacta de la palabra FELICIDAD.

Sí, FELICIDAD con mayúsculas, FELICIDAD indescriptible, FELICIDAD que cuesta contener. Y mira que pensaba que eso no existía, que era un invento de las grandes multinacionales para hacernos creer que siempre hay algo más.

Y tienen razón, lo hay. Se llama amor.

Yo, el señor escéptico por excelencia hablando de amor.

Sentí cómo el mundo desaparecía a mi alrededor. Ya no había dudas, todo tenía sentido para mí. Ella era perfecta. Y era mía.

Sin saber cómo hacer un huevo escalfado o montar nata había creado a ese ser perfecto.

Instintivamente me imprimé en ella. Fue como un relámpago que solo dura unos segundos; te aterra pero no puedes dejar de mirar al cielo deseando ver el siguiente.

Cómo esa adrenalina que te entra viendo un película de terror, creándonos una adicción irremediable.

Mi primera película de esa categoría fue *Freddy Krueger* y la recuerdo como si fuese ayer mismo cuando la vi en aquella pantalla de cine. Sentí tanto miedo que aún oigo el eco de aquellas cuchillas arañando la pared.

Sin embargo no fue la última.

Sabía que quería proteger a aquella criatura de por vida, verla crecer a mi lado, enseñarle a jugar a todos mis juegos de mesa favoritos, ver cómo se alegra de sus buenas notas o acurrucarla cuando lllore la primera vez que, a mi pesar, le rompa el corazón algún canalla.

Quiero que me mire y se sienta tan orgullosa de mí como yo lo estoy de ella con su sola presencia.

Ahora tengo que decirle que la he defraudado.

Sólo han pasado unos cuantos meses desde aquella promesa implícita y ya le he fallado. Soy un completo idiota, un irresponsable egoísta que sólo piensa en sí mismo sin tenerte en cuenta.

De nada valen las palabras si las apartas y destruyes con los actos, y eso es precisamente lo que he hecho. Acabo de apartarte de mí.

Ahora no respiro, no siento nada. Fuera hace unos dos grados bajo cero y no tengo frío.

Miro mi coche. La parte delantera está destrozada, empotrada contra un enorme muro de piedra.

Veo mi cuerpo lleno de sangre. Lo único que recuerdo es el cuenta kilómetros marcando doscientos y luego nada.

Oscuridad.

El airbag ha saltado pero no ha podido evitar que acabe traspasando el parabrisas. Quise quitarme el cinturón de seguridad antes de llegar a esta asesina velocidad, antes de llegar a esa curva de la autovía de Cáceres.

Algún conductor ha llamado a los servicios de emergencia y se apresuran a intentar reanimarme, sin embargo yo no reacciono a nada. Parece que ni tu imagen me basta. Va desapareciendo, ya no está.

Oscuridad otra vez.

¿Quién te va a cuidar ahora pequeña? ¿Quién va a evitar que te equivoques? ¿Quién verá tu hermosa sonrisa cada día? ¿Quién te querrá más que yo, tu padre?

Capítulo 1

Y aquí me encuentro fuera de mí, fuera de toda posibilidad de poder intentar remediar mi destino. Sin saber por qué me encuentro mirándome allí tirado en el arcén de una carretera mil veces transitada que me sabía con los ojos cerrados.

¿Por qué quise hacer esto? ¿Cómo me he dejado vencer por los problemas y tomar el camino más fácil pero peor sin lugar a dudas? Todo lo que acabo de perder, todas las historias que jamás podré hacer ni recordar, las alegrías, las penas. Y lo más importante; disfrutar de tí, mi niña, mi joya, mi futuro ya perdido.

Dos días atrás me encontraba totalmente derruido en el chalet de mis padres por tantos problemas que me estaban viniendo. Mi vida estaba totalmente destrozada, ya no veía modo alguno para poder solucionarlos.

Me encuentro con veinticinco años llorando en las escaleras a los pies de mi madre, diciéndole que ya no puedo más, mi presente se presenta sin futuro, se está muriendo mi trabajo en los mercadillos. Un trabajo que disfrutaba, estaba todas las mañanas de domingo a domingo trabajando desde las cinco de la mañana que me despertaba para preparar la mercancía del día e

intentar venderla en el pueblo que tocara. Era realmente feliz.

Cuando llegaba al lugar siempre estábamos el grupo de mercadilleros para tomarnos el café todos juntos y pasar un buen rato charlando de las anécdotas que habíamos vivido el día anterior.

Salíamos del bar que tocase ese día, cada uno nos poníamos a montar nuestros puestos para tenerlos listos antes de la llegada de nuestros clientes, los cuales, si no recuerdo mal estaban deseando venir a vernos para poder darles la conversación que a ellos les faltaba. Estaba colocando mi camión tienda poniendo los quesos en sus sitios, cortando las muestras de embutidos y preparando el cambio necesario sentía todos los olores que me regalaba el lugar donde estaba trabajando; ese olor tan característico que tiene un buen queso, un lomo ibérico recién cortado que te obliga a probarlo para después llevártelo sin ninguna culpabilidad por su posterior depósito en tus michelines tan odiados y difíciles de quitar.

Aún sin haber terminado de preparar los productos en las estanterías ya tenía a mis primeras clientas golpeando la puerta del camión para que las atendiera y así poder pasar un ratito divertido a la par que bonito. Hablar con las típicas abuelitas de pueblo que tienen una dulzura

especial, un modo de hablar que te hace desconectar del mundo que te rodea para prestarles toda la atención que puedes al relato de sus vidas pasadas y así poder saborear cada tramo de los pedacitos de historias vivas que estás escuchando y asimilarla como si hubieras sido tú el que las vivió.

Momentos en los que yo aprovechaba para hablar sin parar entre chascarrillos y gracias, haciendo reír a toda persona que tenía delante de mí.

Pero todo eso ya murió, me lo ha arrebatado mi yo del presente, ese yo que sólo me desea el mal, mi destrucción. Se han ido desintegrando a pasos agigantados las alegrías que me daba mi trabajo que, aunque no fuera el mejor del mundo yo lo apreciaba con todo mi corazón y me hacía rematadamente feliz y completo por dentro.

Mi depresión me rompió y fue muriendo ese muchacho que regalaba buenos momentos. Así, poco a poco esas personas que deseaban que llegara el día para poder tener un rato entre gracias, sintonías y risas fueron dejando de venir a verme, teniendo que dejar así los mercadillos, teniendo que dejar una parte de mí en esa despedida que yo no quería hacer.

Ese era uno de los dos pilares que sujetaban mi vida y lo tenía tan sumamente descompuesto que se rompió sin solución.

El segundo pilar y principal culpable de todo lo que llevo contado era mi familia, destruida en cuestión de segundos por causas ajenas a mi completa voluntad y que, a día de hoy, me siguen doliendo en los más profundo de mi alma...